

anteriores a ella, que recibieron la influencia del traductor del *Orlando Enamorado*, procedieron así. ¿No basta recordar el caso de Sanfuentes, de Amunátegui, de García Reyes, de Las-tarria, de Guillermo Blest Gana, Blanco Cuartín y tantos otros, para probarlo?

Lo que va a despertar su vocación son sus lecturas históricas durante la estancia campesina. Llevado a la hacienda paterna para reponer su constitución débil y enfermiza, que a los suyos se antojaba trizada y en peligro de muerte, en los amplios y soleados cuartos de la casona colonial, arrumados en los anaqueles de la cuadra, el joven Barros Arana encontrará lo volúmenes de la *Historia Física y Política de Chile*, de Claudio Gay. Ellas entretendrán sus horas de soledad; le servirán para descubrir el imperativo de su alma hasta que, unido a Antonio García Reyes, erudito, a la vez que abogado y político, sea él quien le sirva de guía en sus lecturas históricas nacionales, y lo impulse a la investigación de los hechos. Ese será su conductor.—GUILLERMO FELIÚ CRUZ.

(Continuará).

EL HORIZONTE POLITICO

¿TIENE actualmente algún hombre de las razas blancas la mirada franca y capaz para ver lo que sucede en su alrededor en el globo terrestre? ¿Ojos, para ver la magnitud del peligro que amenaza a estas masas humanas? Yo no hablo de la multitud culta o inculta de nuestras ciudades, los lectores de diarios, el ganado electoral de los días de elección, donde desde hace tiempo, no existe ya una diferencia de rango entre electores y elegidos; sino que hablo de las clases *dirigentes* de las naciones blancas, en la medida en que no estén ya destruídas, de los hombres de estado, si acaso los hay; de los *verdaderos* conductores de la política y de la economía, de los ejércitos y del pensamiento. ¿Hay acaso alguien que mire más allá de estos años, de su continente, de su país, o aun más allá del estrecho círculo de su propia actividad?

Vivimos en un tiempo saturado de destino. Ha comenzado la época histórica más formidable no sólo de la cultura fáustica, de la Europa occidental con su enorme dinamismo, sino precisamente a causa de esta cultura, la más grande época de toda la

historia mundial, más grande y mucho más terrible que la de los tiempos de César y de Napoleón. ¡Pero qué ciegos están los hombres por sobre los cuales arrasa este destino, azotándolos, levantando o destruyéndolos. ¿Quién entre ellos ve y comprende lo que sucede y pasa en su derredor? Tal vez un chino o un hindú viejo y sabio—que mira al rededor suyo con un pasado milenario del pensamiento en su espíritu—pero ¡qué poco diferenciado, qué estrecho, qué mezquino es todo lo que se revela en las opiniones y en medidas prácticas en Europa Occidental y en América! ¿Quién de los habitantes del centro de los Estados Unidos comprende realmente algo de lo que sucede más allá de Nueva York y de San Francisco? ¿Qué sospecha un hombre de la clase media de Inglaterra de lo que se encuentra en germinación allá en el Continente? ¿Para qué hablar de la provincia francesa! ¿Qué saben todos ellos de la dirección en que se mueve su propio destino? Se lanzan palabras ridículas como «superación de la crisis económica», «inteligencia internacional», «seguridad nacional», y «autarquía», para «vencer» la catástrofe por el espacio de algunas generaciones por medio de prosperidad y desarme.

Pero yo hablo aquí de Alemania, que en la tormenta de los hechos reales está más amenazada que cualquier otro país y cuya *existencia* está, en la acepción terrorífica de la palabra, en peligro. ¡Qué cortedad de miras, qué mediocridad bulliciosa dominan, qué de puntos de vistas provinciales aparecen, cuando se habla de los problemas máximos! ¡Que se funda dentro de nuestras fronteras el tercer imperio, o el estado soviético; que se suprima el ejército o la propiedad, los dirigentes de la economía o la agricultura, que se dé a los principaditos mucha independencia o se los suprima; que se permita a los señores de la industria y de la administración trabajar otra vez al estilo de 1900; o por fin hágase una revolución o proclámese la dictadura, para lo que ya se encontrará un dictador—cuatro docenas de personas están hace tiempo a la altura de todo esto—y todo ésto estará muy bien.

Pero Alemania no es una isla. Ningún otro país está enlazado de tal manera activa o pasivamente con el destino del mundo como ella. Tan solo su situación geográfica, la falta de límites naturales, la condenan a esto.

En el siglo XVIII y XIX ella era «la Europa Central», en el siglo XX es nuevamente como lo fué desde el siglo XIII, un país limítrofe contra el «Asia», y nadie tiene más necesidad de pensar política y económicamente por sobre las fronteras, que

los alemanes. Todo lo que sucede en la lejanía, proyecta sus círculos hasta el interior de Alemania.

Nuestro pasado se venga: los 700 años de lamentable pequeñez y provincialismo en el estado, sin un hálito de grandeza, sin ideas, sin meta. Esto no se puede recuperar en dos generaciones. Y la inmensa creación de Bismark adolece de la gran falta de no haber *educado* a la generación joven para las realidades de las nuevas formas de nuestra vida política. Se veía estas formas, pero no se las comprendía, no fueron adoptadas interiormente con sus nuevos horizontes, problemas y deberes. No se *vivía* con ellas. El alemán término medio abordaba, antes y después, los sucesos de su gran país de una manera partidista y particularista, esto es, estrecha y tontamente, con miopía. Esta manera pequeña de pensar empezó desde que los emperadores Hohenstaufen, que habían dominado hasta el Mediterráneo; y la Liga Hanseática que había imperado en toda la región entre el Escalda y Novgorod, sucumbieron, frente a otras potencias mejor fundamentadas a consecuencia de la falta de apoyo político desde el Hinterland. Desde entonces nos hemos encerrado en innumerables pequeñas patrias e intereses de grupo; hemos medido la historia mundial en el horizonte de éstos; soñábamos sedientos y pobres en un imperio de las nubes, para lo que se inventó la palabra «idealismo alemán». A este pensar *pequeño*, intra-alemán pertenece aún casi todo aquello que en forma de ideales y de utopías políticas ha salido del pantano del Estado de Weimar; todos los cuadros idealistas internacionales, comunistas, pacifistas, ultramontanos, federalistas, «arios», del Sacrum Imperium, del estado soviético o del tercer Reich. Todos los partidos piensan y actúan de tal modo como si Alemania estuviera sola en el mundo. Los sindicatos no ven más allá de los distritos industriales. La política colonial fué odiada siempre por ellos, porque no cabía en el esquema de la lucha de clases. Su estrechez doctrinaria no comprendía o no quería comprender, que el imperialismo económico era alrededor de 1900 justamente para el obrero, el postulado de su existencia, garantizándole la venta de sus productos y la obtención de materias primas, cosa que el trabajador inglés había comprendido hacía mucho tiempo. La democracia alemana se entusiasma por el desarme fuera de los límites del poderío francés. Los federalistas quisieran dividir el país, pequeño de por sí, otra vez en un atado de estados enanos, con el aspecto que antes tuvieron y dar así ocasión a las potencias extranjeras para lanzar al uno contra el otro. Los nacional-socialistas creen poder arreglarselas sin y contra el resto del mun-

do y edificar sus castillos en el aire sin tomar en cuenta la influencia contraria que viene desde afuera, callada, pero notoria.

A esto se añade *el miedo* generalizado *ante la realidad*. Nosotros, «los rostros pálidos» tenemos todos este miedo, a pesar de que sólo pocos, y la mayoría nunca, esté consciente de ello. Es la debilidad anímica de los hombres tardíos de las altas culturas, que en sus ciudades están separados de la tierra materna y por consiguiente, de la vivencia *natural* del destino, del tiempo y de la muerte. El hombre ha despertado demasiado; acostumbrado a la eterna reflexión acerca del ayer y del mañana, ya no soporta aquello que ve y que obligadamente tiene que ver: el camino *inamovible* de las cosas, la casualidad *sin sentido*, la verdadera historia con su paso sin compasión a través de los siglos, en los cuales el individuo ha sido introducido por el nacimiento en un punto determinado, sin lugar a protesta, con su pequeñísima vida privada. Esto es lo que quisieran olvidar, contradecir, negar. Huyen de la historia hacia la soledad, a sistemas imaginados e irreales, hacia alguna fe cualquiera, al suicidio. Esconden como un avestruz grotesco su cabeza en las esperanzas, los ideales, en un optimismo *cobarde*. Es así, pero no debe ser así; por lo tanto es de otra manera. El que canta en la noche en el bosque, canta porque tiene miedo. Por el mismo miedo grita hoy la cobardía de las ciudades su prentendido optimismo al mundo. Ya no soportan la realidad. Colocan su utopía del futuro en el lugar de los hechos—a pesar de que la historia no se ha preocupado nunca aun de los deseos de los hombres—desde el país maravilloso de Jauja de los niños chicos hasta la paz mundial y el paraíso del trabajador de los grandes.

Por poco que se sepa de los acontecimientos del futuro,—la forma general de estos hechos y su paso por los tiempos se pueden conocer por medio de la comparación con otras culturas,—es seguro que las fuerzas que nos impulsan no serán otras que las del pasado: La voluntad del más fuerte, los instintos sanos, la raza, la voluntad de propiedad y de poder; y por encima de esto, pero sin efecto, pasan los sueños, que siempre seguirán siendo sueños: justicia, felicidad y paz.

A esto se añade con respecto a nuestra cultura y desde el siglo XVI, la imposibilidad creciente para la mayoría, de comprender, y mucho más de dominar los sucesos y situaciones de la gran política y de la economía, con las fuerzas que la mueven y sus tendencias cada vez más enredadas y menos claras. Los verdaderos hombres de Estado se hacen cada vez más raros. La mayoría de las cosas que en la historia de estos siglos se «hicieron» y no sólo «sucieron» han sido hechos por semi-cono-

cedores y diletantes. Pero en todo caso podían fiarse en los pueblos, cuyo instinto los dejaba hacer. Sólo hoy este instinto ha llegado a ser tan débil, y la crítica habladora en su alegre ignorancia tan fuerte, que existe el peligro creciente de que un verdadero hombre de Estado no sea aceptado instintivamente o soportado de malas ganas, sino que por la resistencia que oponen todos «los que lo saben mejor», esté imposibilitado para hacer lo que hay que hacer. Lo primero lo experimentó Federico el Grande, lo último casi fué el destino de Bismark. La grandeza y las creaciones de tales conductores la aprecian sólo las generaciones tardías y ni aún ellas. Pero es importante, que los contemporáneos se limiten al desagradecimiento y a la incomprensión, y no pasen a una activa oposición. Especialmente los alemanes sobresalen por el hecho de desconfiar de las acciones creadoras, de criticarlas, de anularlas. La experiencia histórica y la fuerza de la tradición, como se encuentran en la vida inglesa, no existen para ellos.

El pueblo de los poetas y pensadores está en vías de llegar a ser un pueblo de habladores y de incitadores.

Todo verdadero jefe de estado es impopular. Como consecuencia del miedo, de la cobardía y del desconocimiento de sus contemporáneos; pero aun para comprender esto hay que ser más que un «idealista».

Aun nos encontramos en la *era del racionalismo*, que empezó en el siglo XVIII y termina rápidamente en el siglo XX. Todos somos sus creaturas, sepámoslo o no, creámoslo o no. La palabra es corriente para todo el mundo, pero ¿quién sabe todo lo que ella implica? Es la altanería del espíritu ciudadano, desarraigado, al que ningún instinto fuerte guía, el que mira con desprecio el pensamiento de la sangre de los tiempos pasados y la sabiduría de las viejas familias campesinas. Es el tiempo en que cada uno sabe leer y escribir y, por lo tanto, quiere hablar y saber todo mejor. Este espíritu está poseído por conceptos,—lo nuevos dioses de este tiempo—, y hace la *crítica* del mundo: Este no sirve de nada; nosotros lo podemos hacer mejor; levantemos un programa del mundo mejor. ¡Nada es más fácil que esto, cuando se tiene espíritu! Aquello se realizará por sí solo. Por el momento lo llamaremos «el progreso de la humanidad». Como tiene un nombre, tiene que existir. Quien duda de ello es tonto y reaccionario, un hereje, principalmente un hombre sin virtud democrática: ¡quitadlo del camino! Así ha sido vencido el miedo ante la realidad, por la altanería espiritual, por la presunción, que se debe a la ignorancia en todas las cosas de la vida, por la pobreza anímica, por la falta de respeto y por

último, por la ignorancia acerca del mundo; porque nada es más ignorante que la inteligencia desarraigada de la ciudad. En las oficinas de contabilidad y clubs ingleses se la llamaba COMMON SENSE, en los salones franceses ESPRIT, en los gabinetes de los sabios alemanes LA RAZÓN PURA. El optimismo cómodo de los filisteos de la cultura comienza a no temer ya los hechos elementales de la historia, sino a despreciarlos. Cada uno de «los que lo saben mejor» quiere incorporarlos en un sistema extraño a la experiencia: hacerlos conceptualmente más perfectos de lo que son, saberlos súbditos del espíritu, porque ya no los vive, sino sólo los «conoce». Esa tendencia doctrinaria hacia la teoría por ausencia de experiencia, o más bien dicho, por falta de capacidad para hacer experiencias, se exterioriza literariamente en la concepción incesante de sistemas y utopías políticas, sociales y económicas, y en la práctica en una furia para la *organización*, la que llega a tener una finalidad abstracta en sí misma y cuyas consecuencias son las burocracias que se aniquilan en su propia inutilidad o aniquilan a organismos aún vivientes.

En el fondo, el racionalismo no es más que crítica y el crítico es lo opuesto al creador: deshace y reconstruye; concepción y nacimiento le son extraños. Por eso es su obra artificiosa e inerte, mata cuanto es verdadera vida. Todos los sistemas nacieron en el papel, metódicamente y de una manera absurda, y sólo viven en el papel. Esto se inicia en el tiempo de Rousseau y de Kant, con ideologías que se pierden en lo general. En el siglo XIX se pasa a construcciones científicas, con métodos de ciencias naturales, físicas y darwinianas—sociología, economía nacional, concepción materialista de la historia—y tienen su última prolongación en el siglo XX en lo literario de la novela de tesis y en los programas de partido.

Pero no hay que equivocarse: (1). Ambos son racionalistas hasta la médula, Kant no menos que Voltaire y Holbach, Novalis como Proudhon; los ideólogos de las guerras de liberación del mismo modo como Marx; la concepción materialista de la historia en el mismo grado como la idealista. No importa que se estime que su «sentido» y «fin» sea el «progreso», la «técnica», y «la libertad», «la felicidad de la mayoría» o el florecimiento del arte, de la poesía y del pensamiento. En ambos casos no se ha observado que el destino en la historia depende de fuerzas muy otras y más robustas. La historia de los hombres, es la historia de las guerras. De los pocos historiadores de rango

(1) Al racionalismo pertenecen por igual el idealismo y el materialismo.

que hubo, ninguno a llegado a ser popular y entre los hombres de estado, Bismark llegó a serlo, sólo cuando ya no le servía de nada.

Pero del mismo modo como el idealismo y el materialismo, es el romanticismo la expresión del engreimiento racionalista por falta de sentido para las realidades. Están emparentados en lo más hondo, y sería difícil en un romántico del terreno político o social, encontrar el límite entre estas dos direcciones del pensamiento. En todo materialista notable hay escondido un romántico (1).

Es cierto, que los materialistas y los románticos desprecian el espíritu frío, plano, y metódico de los otros; pero éstos podrían hacer lo mismo con los mismos medios y la misma vanidad. El romanticismo no es seña de instintos fuertes, sino de un intelecto débil que se odia a sí mismo. Todos son infantiles, esos románticos, hombres, que permanecieron demasiado tiempo o siempre en la niñez; sin fuerza para la autocrítica, con eternos impedimentos que salen de la propia conciencia de la debilidad personal, e impulsados por el pensamiento enfermizo de cambiar la sociedad, que les parece demasiado masculina, demasiado sana, demasiado sobria; no con el cuchillo y el revólver como en Rusia, ni Dios quiera, sino con nobles habladorías y poéticas teorías. ¡Ay de aquellos, que no tienen suficiente talento artístico, para sugestionarse de poseer la fuerza de creación que no tienen!

Pero aun en este caso son feminoídes y débiles: no son capaces de dar vida a una gran novela, a una tragedia sobria, austera, menos erigir una filosofía armónica en sus partes y fuerte; sólo aparece una lírica, interiormente amorfa, compuesta de esquemas sin sangre, de pensamientos fragmentarios, extraños al mundo, y enemigos del mundo hasta lo absurdo. Así fueron también los eternos «jóvenes» después de 1815, con sus pipas de tabaco y su levitas arcaizantes; también lo fueron Jahn y Arndt. Ni aun Stein pudo refrenar lo suficiente su gusto romántico por las antiguas organizaciones de estado, como para hacer en la diplomacia un uso útil de su gran experiencia práctica. Es cierto, que ellos eran heroicos y nobles, y dispuestos en cada instante a ser mártires, pero hablaban demasiado de la esencia de lo alemán y muy poco de la unión aduanera y de los ferrocarriles; y por eso fueron sólo un obstáculo para el verdadero futuro de Alemania: ¿Ha oído usted el nombre del gran Fe-

(1) Los Enigmas del Mundo, de Haeckel, por ej., es el libro de un visionario de débil lógica. Porque la fe, que es más fuerte que todas las demostraciones, caracteriza al romántico.

derico List, que se suicidó en 1846, porque nadie comprendió ni apoyó sus proféticos proyectos en el terreno de lo político, o sea, la construcción de una economía nacional alemana? Pero los nombres de Arminio y de Tusnelda los conocían todos.

Y exactamente los mismos jóvenes existen hoy otra vez, inmaduros, sin experiencia alguna ni buena voluntad para hacerla, pero hablando y escribiendo alegremente sobre política, entusiasmados por los uniformes y las insignias, y con una fe fanática en cualquier teoría. Hay un romanticismo social del comunista entusiasta, un romanticismo político que cree que las cifras de las elecciones y la embriaguez de los discursos a las masas, son hechos. Existe un romanticismo económico que corre tras las teorías monetarias concebidas por cerebros enfermos y sin conocimiento alguno de las formas internas de la verdadera economía. Estos «jóvenes» sólo pueden existir dentro de la masa, porque ahí pueden apaciguar el obscuro sentimiento de su debilidad multiplicándose. Y a eso lo llaman superar el individualismo. Y son como todos los racionalistas y románticos, sentimentales como un cancionero. Ya el «Contrato social» y los derechos del hombre datan de la época de la sensiblería. Burke, como verdadero hombre de estado, acentuaba frente a este problema, y con razón, que ellos allá no pedían sus derechos como hombres, sino como ingleses. Esto lo decía pensando práctica y políticamente, y no de una manera racionalista; racionalista a causa de la indisciplina de los sentimientos. Esta mala sentimentalidad que impregna todas las corrientes teóricas de estos dos siglos, el liberalismo, el comunismo, el pacifismo y todos los libros discursos y revoluciones, tienen su origen en la falta de dominio del alma, en la debilidad personal y en la falta de disciplina que pueda dar una tradición antigua y severa. Esta sentimentalidad es «burguesa» o «plebeya», en el grado en que estas palabras son insultos. Ella aprecia las cosas humanas, la historia, el destino político y económico, desde abajo, desde la ventana de la buhardilla, desde la calle, desde el café literario, desde la asamblea popular; y no desde la altura y desde la lejanía. Odia toda especie de grandeza, todo lo que sobresale o domina, lo que es superior. Para ella, construcción significa la destrucción de todas las creaciones: de la cultura, del estado, de la sociedad, hasta reducirlas al nivel de la «gente chica»; más arriba del cual no alcanza su pobre sentimiento en actitud de comprensión. Y sólo eso es hoy amigo del pueblo; porque pueblo significa en boca del racionalista y del romántico, no la nación estratificada y plasmada por el destino en el transcurso de los tiempos, sino aquella parte de la masa amorfa que cada uno

reconoce como su semejante, desde el «proletariado» hasta la «humanidad».

El dominio del espíritu ciudadano y desarraigado declina hoy y aparece el escepticismo como una última manera de comprender las cosas tal como ellas son. Así tenemos la duda fundamental con respecto al sentido y al valor de la reflexión teórica, la duda acerca de su capacidad de aclarar verdaderamente algo crítico y conceptualmente, o de realizar por medio de ella algo en la práctica. El escepticismo es la gran experiencia histórica y fisiognómica, el criterio insobornable para juzgar los hechos reales, el verdadero conocimiento de los hombres que enseña como el hombre fué y es y no como debería ser. El escepticismo es el verdadero pensamiento histórico que enseña entre otras cosas, con qué frecuencia han existido ya estas edades de la crítica omnipotente y qué escasa transcendencia tuvieron. Hace guardar el respeto por los hechos del mundo, que interiormente son y siguen siendo misteriosos, impenetrables, que sólo podemos describir y no explicar y que no pueden ser dominados ni por medio de programas ni con sistemas sentimentales, sino que exigen hombres de raza fuerte que constituyen por sí mismos hechos históricos. Este duro saber histórico que acerca de los hechos empieza en este siglo, es insoportable para las naturalezas blandas e incontenidas. Odian a aquel que las descubre y lo llaman un pesimista. Ahora bien, este pesimismo fuerte, que tienen los grandes hombres de acción, que conocen al hombre y lo desprecian, es muy diferente al pesimismo de las almas pequeñas y cobardes, que temen a la vida y que no soportan mirar la realidad. La vida anhelada dentro de la felicidad, sin peligro y pacífica, es aburrida, senil, y, por lo demás, es sólo pensable; no es posible. En este hecho, en la realidad histórica, naufraga toda ideología.

En lo que se refiere a la situación actual del mundo, estamos todos en peligro de apreciarla mal. Desde la guerra civil americana (1865), la guerra franco-alemana (1870), y el tiempo victoriano se extendió sobre los pueblos blancos un estado inverosímil de tranquilidad y seguridad, una existencia pacífica y despreocupada. En todos los siglos se buscaría inútilmente algo semejante. El que ha vivido ésto u oye a otros hablar de ello, se ve obligado a creer, que ese estado es el normal, y a concebir la horrible realidad actual como una interrupción al estado natural, esperando que todo «vuelva a ser como antes». Bien, esto no sucederá. Algo así no volverá nunca más. No se conocen las razones que produjeron aquel estado de bonanza insostenible por mucho tiempo. El hecho de que los ejércitos permanen-

tes y siempre crecientes hacían de una guerra algo tan lleno de factores imprevistos que ya ningún hombre de estado se atrevía a hacer una guerra; el hecho de que la economía técnica se encontraba en un período de movimiento febril, que debía tener un fin rápido por apoyarse en condiciones obligadas a desaparecer rápidamente; y por ambas razones los pesados problemas no resueltos del tiempo se postergaban para los hijos y nietos, como mala herencia para las generaciones venideras. Ellos postergaron de tal modo la resolución de estos problemas que ya ni creían en su existencia, a pesar de que amenazaban con una tensión creciente desde el futuro.

Una guerra larga pocos la soportan sin que sucumba su alma; una paz larga no la soporta nadie. El tiempo de paz desde 1870 hasta 1914 y su recuerdo ha hecho a los hombres blancos, satisfechos, codiciosos, incapaces de juzgar, y de soportar la desgracia. Las consecuencias de esto las vemos en las imágenes utópicas y en las peticiones con que se levanta hoy día todo demagogo, peticiones a la época, a los estados, a los partidos y sobre todo a «los otros», sin recordar siquiera los límites de lo posible, los deberes, los trabajos y las renunciaciones.

La paz demasiado larga, sobre el suelo conmovido por una excitación creciente, es una terrible herencia. Ningún hombre de estado, ningún partido, apenas algún pensador político está hoy tan seguro, como para decir la verdad. Todos ellos mienten y cantan en el coro de la multitud mimada e ignorante, que en el mañana quiere estar en la situación de antaño y aun mejor. Los hombres de estado y los dirigentes de la economía deberían conocer mejor la terrible realidad. Ellos mienten, pero sin conocer la verdad. Pero, ¿qué jefes tenemos hoy en el mundo? Este oportunismo cobarde y deshonesto que anuncia todos los meses la coyuntura que «vuelve», la prosperidad, en el momento en que un par de especuladores hacen subir ligeramente los cambios; el fin de la desocupación en el momento en que en alguna parte se ha dado cabida a cien hombres; que habla de la «inteligencia» entre los pueblos tan pronto como la Liga de las Naciones ese enjambre de veraneantes que hacen vida parasitaria en el Lago de Ginebra, toma algún acuerdo. Y en todas las reuniones y diarios resuena la palabra crisis como la expresión de una interrupción pasajera del bienestar, con lo que se miente sobre el hecho de que se trata de una catástrofe de una magnitud inconmensurable, o sea la forma normal en que se realizan los grandes cambios de rumbo en la historia mundial.

Porque vivimos en un tiempo poderoso. Es el más grande que haya vivido y vivirá la cultura del occidente, la misma que ha

vivido, la Antigüedad desde Canas hasta Accio, la misma en que sobresalen los nombres de Aníbal, Escipión, Graco, Mario, Sila y César.

La guerra mundial ha sido para nosotros sólo el primer relámpago de la nube de la tempestad que cargada de fatalidad pasa por encima de este siglo. La estructura del mundo se transforma ahora desde sus bases, como sucedió al comienzo del Imperio Romanum, sin que se preste atención a lo que quiere y desea la mayoría, y sin que se cuenten los sacrificios que exige cada una de estas decisiones.

¿Pero quién comprende ésto? ¿Quién soporta esto? ¿Quién se considera feliz de vivir en esta época? El momento actual es muy grande, pero tanto más pequeños son los hombres. Ya no soportan la tragedia, ni en el escenario, ni en la realidad. Quieren el happy end de la lectura de entretenimiento, miserables y cansados como están. Pero el destino, que los arrojó a estos decenios, los toma del pescuezo y hace con ellos, lo que hay que hacer, quieran o no. La cobarde seguridad del fin del siglo pasado, ha concluído. Ahora sólo cuenta el hombre que arriesga algo, que tiene el valor de ser y de tomar las cosas tal como ella son. Ese tiempo viene—no, ya ha llegado—y no tiene cabida para almas delicadas e ideales raquíuticos.

La barbarie antiquísima que durante siglos estaba presa y escondida bajo la rigidez formal de una alta cultura, despierta ahora, cuando está realizada, y ha comenzado la civilización. Aparece la alegría belicosa y sana ante la propia fuerza, la que estaba despreciada por la época del pensamiento racionalista, ahogada en literatura; surge aquel instinto no quebrantado de la raza que quiere vivir de otra manera que bajo la opresión de la masa de libros leídos y de los ideales de estos libros. En los pueblos de Europa occidental vive aún bastante de esto, también en las praderas americanas y más allá en la gran llanura nor-asiática donde crecen los conquistadores del mundo.

¿Es esto pesimismo? Quien lo siente así necesita de la piadosa mentira o del velo de los ideales o utopías, para protegerse del espectáculo de la realidad, para salvarse de ella. Es posible que esto haga la mayoría de los hombres blancos durante este siglo; pero lo harán también en el siguiente. Sus antepasados, en tiempos de las migraciones y de las cruzadas, eran diferentes. Despreciaban esta actitud como una cobardía. Por cobardía ante la vida apareció en la cultura hindú en la misma etapa de la vida histórica, el budismo y las corrientes afines, que ya comienzan entre nosotros a estar de moda. Es muy posible, que una religión tardía del occidente esté en gestación. Tal vez bajo ro-

pajes cristianos, tal vez no, ¿quién puede saberlo? La renovación religiosa contiene principalmente la posibilidad de formación de nuevas religiones. Las almas cansadas, cobardes y seniles, quieren huir en este tiempo hacia algo que, por medio de la rareza de sus doctrinas y ritos, sea más apropiadas para meter en el olvido que lo que logran hacer las iglesias cristianas. El credo quia absurdum ha tomado nuevamente la delantera. Pero la profundidad del sufrimiento por el mundo,—un sentimiento que es tan viejo como la reflexión acerca del mundo mismo,—y la queja acerca de lo absurdo que es la historia, y por la crueldad de la vida que no sale de las cosas, sino del *pensamiento enfermo* acerca de ellas. Este es el juicio aniquilador sobre el valor y la fuerza de la propia alma. Una profunda mirada por el mundo, no sale necesariamente colmada de lágrimas.

Hay un sentimiento nórdico del mundo—desde Inglaterra hasta el Japón—lleno de alegría por el peso del destino. Se le provoca para vencerlo, y se sucumbe orgulloso cuando aquel se muestra más fuerte que la propia voluntad. Así fué la concepción en las partes no apócrifas del Mahabharata, que dan cuenta de la lucha entre Kurus y Pandus. También en Homero, Píndaro y Esquilo, en las epopeyas heroicas de los germanos, en Shakespeare y en muchos cantos del Schuping Chino y en el círculo de los samurai japoneses. Esta es la *concepción trágica de la vida*, que no ha desaparecido hoy día, que en el futuro tendrá un nuevo florecimiento, como ya lo ha tenido en parte en la guerra mundial. Por esto es que todos los grandes poetas de las culturas nórdicas han sido trágicos; y es la tragedia, más que la balada y la epopeya, la forma más profunda de este pesimismo valiente. Quien no puede vivir una tragedia y no la puede soportar, tampoco puede ser una figura de trascendencia mundial. Quien no puede vivir la historia como en realidad es, trágica, saturada de destino, ante los ojos de los adoradores de lo útil y por lo tanto sin sentido, fin ni moral—, no es capaz de hacer historia. Aquí se separa el ethos superior del inferior—, en el ser humano. La vida del individuo no tiene importancia para nadie, más que para sí mismo. Lo decisivo es si uno quiere salvar su vida de la historia, o si la quiere sacrificar alegremente en ella. La historia no tiene nada que ver con la lógica humana. Una tormenta, un terremoto, una corriente de lava que destruya la vida sin elegir, se puede comparar a los sucesos elementales y sin plan de la historia del mundo. Y aunque los pueblos sucumban, y sean derrumbadas o destruídas por el fuego, las ciudades y antiguas culturas, la tierra sigue dando vueltas con toda tranquilidad y el sol y las estrellas siguen su camino.

El hombre es un animal de presa. Lo repetiré siempre. El «virtuoso» y el moralista que quieren estar o llegar más allá de esto, sólo son animales de presa con los dientes mochados, que odian a los demás por sus ataques, y que evitan sabiamente hacerlos. Miradlos, pues: son demasiado débiles para leer un libro sobre la guerra; pero se aglomeran en la calle cuando ha habido un accidente, para excitar sus nervios con la sangre y los gritos, y cuando no se atreven ni a presenciar esto siquiera, lo gozan en el cine y en los diarios ilustrados. Si llamo al hombre un animal de presa, ¿a quién he ofendido con esto, al hombre, o al animal? Porque los grandes animales de presa son criaturas nobles, de la especie más perfecta y sin la hipocresía de la moral humana, que proviene de la debilidad.

Gritan: ¡no más guerra!—pero quieren la *lucha de clases*. Se indignan cuando se ejecuta a un asesino voluptuoso, pero gozan secretamente cuando saben del asesinato de un adversario político. ¿Qué han dicho acaso contra la carnicería de los bolcheviquis? No, la lucha es el *hecho primario* de la vida, *es la vida misma*, y ni aun el más miserable de los pacifistas es capaz de eliminar totalmente de su alma el gusto por ella. Por lo menos teóricamente quisieran atacar y aniquilar a todos los contrarios del pacifismo.

Cuanto más nos acerquemos al cesarismo del mundo fáustico, tanto más claramente se mostrará quien, desde el punto de vista ético, está destinado a ser sujeto u objeto del suceder histórico. La triste caravana de los enmendadores del mundo, que desde Rousseau ha trotado a través de los siglos, dejando como único monumento de su existencia, montañas de papel impreso, ha terminado. Los césares tomarán su lugar. La gran política, como el ARTE DE LO POSIBLE, lejos de todos los sistemas y teorías, como la maestría de manejar a los hechos como conocedor de ellos; el gobernar el mundo como el buen jinete gobierna a su caballo con la presión de los muslos, asume nuevamente su derecho eterno.

Por esto quiero en este libro mostrar solamente, en qué situación histórica se encuentran Alemania y el mundo, y cómo esta situación se desprende necesariamente de la historia de los siglos pasados, para llegar, sin poderse esquivar, a ciertas formas y soluciones. Esto es destino. Se le puede negar, pero con esto se niega uno mismo.

Del libro «Jahre der Entscheidung» (Años de decisión) de Oswald Spengler. Traducido especialmente del alemán, para la Revista *Atenea* por Luisa Frey Gabler.